

Viaje personal

Juan Gérvas

Médico general. Equipo CESCA. Madrid

VIAJAR

El hombre siempre ha sido viajero. Al menos lo fue durante un par de millones de años, hasta su conversión en ganadero-agricultor. De esto hace unos diez mil años, periodo que no significa nada frente al medio millón de años desde que el hombre dominó el fuego, por ejemplo (primer paso para su propia domesticación y vida sedentaria). No es extraño que a la casa se le denomine "hogar", el antiguo nombre para el lugar en que se hacía el fuego (para calentarse y cocinar). Hoy en muchas casas no hay fuego de ningún tipo, aunque no falte nunca una fuente de calor en la cocina (microondas, vitrocerámica y demás) y otra de calefacción (la misma electricidad). Quedaban las cerillas de los fumadores...

–Perdona, ¿vas a defender el tabaquismo?

–Impertinente. Tabaquismo se refiere al consumo adictivo de tabaco en todas sus formas, y muchas no exigen fumarlo. Fumar es una forma especial de tabaquismo, popular desde la Segunda Guerra Mundial. Su origen se remonta al Descubrimiento de América y al contacto de los españoles con los indígenas fumadores de tabaco.

–Eso lo sabía. Pero me alegra constatar que no vas a defender el tabaco.

–Pues no. Ya te lo podías imaginar. Sin olvidar que el tabaco provoca graves daños, pero también tiene algún beneficio.

–¿Beneficio?

–Son casi imposibles la perversidad y la bondad absolutas. El tabaco tiene beneficios, como calmar la ansiedad, facilitar la socialización y, a largo plazo, asociarse a menor frecuencia de enfermedad de

Parkinson y de colitis ulcerosa.

–¿Qué me dices?

–Que ya vale. Que hoy esto va de viajes, no de tabaquismo.

–¡Vale...!

Ya no quedan ni las cerillas, pues en muchas casas no fuma nadie (especialmente en los hogares de las clases alta y media). Esas clases son también las que ahora viajan. Pero no en exclusiva. Por ejemplo, los inmigrantes suelen proceder de las clases bajas de sus países de origen, que no tienen nada que perder en esa experiencia de viajar a *la aventura*. Son viajes distintos, que responden a causas diferentes. Pero al cabo son viajes.

El viajero se enfrenta un poco a sí mismo. El viajero se ve obligado a mirar más allá de su nariz, más allá de las cápsulas en la que nos envuelven nuestros valores y costumbres. Nos creemos que todo es así porque debe ser así y al viajar nos asombra la variabilidad de soluciones a los mismos problemas. Empezamos por el idioma, una respuesta universal al problema de comunicación, y seguimos por la estructura social y los usos y costumbres. Por ejemplo, en Japón es honorable morir por ictus cerebral, de forma que las muertes bruscas no se diagnostican como en España (parada cardiorrespiratoria) sino como tal ictus. Por ejemplo, la consulta típica en España con la mesa entre médico y paciente es cosa rara en Australia, Finlandia o el Reino Unido. Son casos que te llaman la atención y que te hacen reflexionar. Por supuesto, puedes leer y ver documentales que te ilustren, pero no hay nada como viajar para entenderte.

Hay que viajar, claro, no hacer turismo, que eso es otra cosa (eso es "darse una vuelta", hacer un "tour").

AD HOMINEM

En los debates de ideas hay que evitar los argumentos *ad hominem*. Es decir, hay que discutir sobre las cuestiones, no sobre las personas. Poco importa el tamaño de la nariz de un varón, o la redondez de las nalgas de una mujer, en lo que respecta a un debate acerca de las ventajas del pago por capitación al médico general. Sin embargo, los argumentos *ad hominem* son frequentísimos. Así, lo clave es si tienes tal o cual edad, o si eres mujer o varón, o si tienes actividad hetero u homosexual. Por ejemplo, en la discusión sobre la forma de organizar los servicios sanitarios se vuelve fundamental el que trabajes en el medio rural o en un barrio empobrecido. Ya digo, termina siendo trascendente hasta si eres calvo o barbudo.

–¿Tú no crees ser tú y tus circunstancias?

–¡Hombre! ¡Un crítico que ha leído una frase de Ortega y Gasset!

–¿Quién?

–¡Ah! Veo que no sabes quién dijo esa frase por primera vez. Pues sí, creo que yo soy yo y mis circunstancias. Pero mis circunstancias no quitan validez a mis argumentos. Sea pobre o rico, mi postura frente a las herencias debería discutirse en lo que tenga de aceptable o de rechazable y no por la calidad o circunstancias de quien se exprese.

–Pues yo creo que un varón que se pronuncie sobre la violencia machista estará siempre sesgado, diga lo que diga.

–Vale, así nos va.

Los argumentos *ad hominem* se emplean por quienes no tienen argumentos propios, y renuncian al debate a través de la descalificación del oponente. Los argumentos *ad hominem* dan idea de pobreza intelectual. Cuando careces de ideas para rebatir sencillamente te centras en las características del oponente. Sucede con frecuencia. El verlo me producen sensación de lástima, de pena, de ver un espectáculo penoso. Ciertamente no tenemos mucha costumbre de orillar los argumentos *ad hominem* para centrarnos en los argumentos ideológicos y científicos. Lo español es el ninguneo, pero tras ignorar y hacer ignorar al oponente, lo racial es emplear argumentos *ad hominem*. Ha sucedido con el debate sobre la reforma sanitaria a lo largo de tres décadas. Por ello, por la ausencia de un debate ideológico y científico, estamos donde estamos, en la caverna sin luz y casi sin esperanza. El modelo nació defectuoso, pero no ha habido muchas posibilidades de mejorarlo.

En fin. Habrá generaciones futuras que no lo entenderán.

Correspondencia: jgervasc@meditex.es